

# SENSACIONES de ROMA



*Basilica de San Juan de Letrán. El Coliseo. Monumento al Rey Víctor Manuel; en primer término, la columna de Trajano*



Por MIGUEL MOYA HUERTAS

Lo primero y principal es el viento solano que inunda la ciudad con sus ráfagas amarillas. Cuando el aire del desierto se enseñorea de Roma parece que lo estático muda su inmóvil estirpe de arqueología en una constante e inesperada vibración. A cada trémolo de esta onda que agita los perfiles de la edificación multicolor entonada en una armonía ocre y que lanza sombras de tolvana contra el concierto de las estatuas, se transforma la urbe, enajenada y fuera de sí, a merced del temporal extraño. Los árboles siempre verdes pesan más en esta atmósfera cansada, y la cadencia de las gotas de algún rápido aguacero completan y asedian el silencio de las grandes perspectivas, la amplitud de las plazas, la línea de las fachadas de terciopelo. Porque tal calidad pastosa y abigarrada y cálida recuerdan, en efecto, los muros romanos de color vario, nunca desmentido por la flor trepadora o por el ciprés que emerge en feliz compañía de aleros barrocos o junto a la fontana inextinguible.

Al concluir el día se apaga la ciudad poco a poco, sin bruscos reflejos, gracias a un cielo en fuga perpetua, levisimo, que no pone un fuerte contraste azul a la vera de los palacios y de los jardines. El italiano es capaz de ceder un instante a la melancolía, y así le sucede a Roma al atardecer, en el momento culminante de la fusión de las últimas luces. Predominan por doquier el dintel y las rectas clásicas de la arquitectura, de modo que el firmamento se extiende, como un velo que descendiera con lentitud, sobre el vasto panorama de las terrazas. Desde el Gianicolo surge Roma en un perfecto anfiteatro escalonado que nace en el río y que llega hasta los campanarios de San Juan de Letrán y de Santa María la Mayor. Si véis ahora allá al fondo la bandera tricolor italiana es señal de que el rey está en su residencia, y, por lo mismo, si os detuviérais al pie de los caballos del Quirinal, podríais escuchar el ir y venir de un chambelán de rojo y de oro sobre el umbral enarenado.

